

ADMONICION A UN HIJO ESPIRITUAL, ATRIBUIDA A SAN BASILIO

INTRODUCCION

Disputan los autores acerca de la autenticidad del texto latino atribuido a san Basilio, intitulado *Admonitio ad filium spiritualem*, cuyo proemio ha sido identificado como fuente de las primeras líneas del Prólogo de la Regla benedictina (= RB). El escrito fue publicado por Holste y reproducido por Migne (P.L. 103, 683-700), pero recién en 1955 fue editado con una base de manuscritos más amplia, por Paul Lehmann.¹ No se conoce un original griego, pero eruditos como el mismo Lehmann y E. Manning² lo consideran auténtico. No así A. de Vogüé³ y J. Gribomont,⁴ que lo califican de espurio.⁵

Es de todas maneras una obra antigua, anterior a la Regla benedictina, que la cita, como la cita también, y abundantemente, el *Liber Scintillarum*, de Defensor de Ligugé, en el siglo VII. Es interesante notar que la *Regula Magistri*, en cambio, no la cita, y que san Benito ha combinado en el Prólogo su fuente habitual, el Maestro, con el Seudo-Basilio. Además de las primeras frases del Prólogo, la RB retoma ideas y expresiones de la *Admonitio*, c. 6, en su c. 68 sobre la obediencia en cosas imposibles. Indicamos esos pasajes en nota a la traducción.

Pertenece la *Admonitio* al género sapiencial; está destinada a los monjes, con explícita mención, no muy frecuente, del vocablo mismo. Presenta alguna semejanza con la obra de Evagrio Póntico, en lo doctrinal, y se la puede comparar también con diversos opúsculos ascéticos, en griego y latín, que circularon bajo nombres ilustres, como el del propio Basilio.

La traducción ha sido hecha sobre la edición de Lehmann por un monje de la Abadía de San Benito de Buenos Aires. Esperamos que su lectura sea provechosa para los monjes de hoy, como lo fue para san Benito, que no desdeñó citar esta obrita e inspirarse en ella en diversos pasajes de su Regla.

M. E.

¹ P. LEHMANN: *Die Admonitio S. Basilii ad filium spiritualem*. München, 1955. 64 p. (Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften. Phil.-hist. Kl., Jahrg. 1955, Heft 7). La edición del texto ocupa las pp. 30-63. Cf., del mismo: *Eine Ermahnungsschreiben Basiliius des Grossen, die Benediktiner —Regel und der Basiliius—übersetzer*. Forschungen und Fortschritte (Berlin) 29 (1955) 214-215.

² E. MANNING: *L'Admonitio S. Basilii ad filium spiritualem et la Règle de S. Benoit*. R.A.M. 42 (1966) 475-479.

³ A. de VOGUE: *La Règle de S. Benoit*. Tome IV: *Commentaire historique et critique*. París, Ed. du Cerf, 1971, (S. Chr., 184), pp. 83-87.

⁴ J. GRIBOMONT: *In tomum 31 Patrologiae Graecae*. . . Turnhout, Brepols, 1961 p. 13.

⁵ Para la discusión sobre la autenticidad: cfr. J. QUASTEN: *Patrologia*, vol. II, 2. ed., Madrid, BAC, 1973, p. 237.

Proemio

Escucha, oh hijo, la amonestación de tu padre e inclina tu oído a mis palabras, dispón gustosamente tu oído y escucha con corazón dispuesto todo lo que se dice.¹ Deseo en efecto enseñarte cuál es la milicia espiritual y de qué modo deberás militar para tu rey.² Intensamente entonces escuche tu sentido y el sueño no grave tu espíritu; excítalo más bien a la vigilancia y sé sabio para el esfuerzo de comprender mis palabras. Estas palabras no son más, sino tomadas de las fuentes divinas. Tampoco te enseñaré una nueva doctrina, sino la que aprendí de mis padres. Si pones esto en tu corazón, recorrerás tus caminos en paz y no se te acercará mal alguno, sino que se alejará de ti toda adversidad del alma.

I

La milicia espiritual

Hijo, si quieres militar para el Señor, a nadie sirvas sino a El solo. Como los que sirven a un rey terrenal obedecen todas sus órdenes, así los que sirven al Rey celestial deben observar los preceptos celestiales. El soldado terrenal está pronto y preparado, dondequiera lo envíen, y no osará excusarse a causa de su mujer o de sus hijos. Cuanto más el soldado de Cristo sin excusa alguna debe obedecer el mandato de su Rey. El soldado terrenal va a la lucha contra un enemigo visible; contra ti, en cambio, el enemigo invisible no deja de luchar cada día. La de aquél es lucha contra la carne y la sangre, la tuya contra los males espirituales en los espacios. Aquél contra el enemigo carnal utiliza armas carnales, tú en cambio contra el enemigo espiritual necesitas armas espirituales. Lleva aquél en la batalla un casco de hierro, mas tu casco sea Cristo que es tu cabeza. Aquél reviste la coraza para no ser herido, pero tú en vez de coraza revístete de la fe de Cristo (cf. 1 Tes 5,8). Aquél contra el adversario arroja la lanza y las flechas, tú contra el enemigo echa las palabras divinas y golpeándolo con el dicho profético di: "El Señor es mi ayuda y veré a mis enemigos" (S 117,7). Aquél mientras dura la lucha no aparta de sí el arma para no ser herido por el adversario; tampoco tú te encuentres inerme, porque tu enemigo es más astuto que aquél. Su enemigo pelea por cierto tiempo, mas el tuyo, mientras te encuentres en el estadio de la vida presente (cf. 1 Cor 9,24) no deja de luchar contigo. Las armas de aquél son trabajosas y pesadas para llevar, las tuyas son suaves y livianas para el que las quiere tomar. Aquél cuando venciere al adversario volverá a la casa de su esposa e hijos; tú, en cambio, entrarás en el Reino celestial con todos los santos. Aquél, por el trabajo terrenal, recibe un premio terrenal, y tú, por el trabajo espiritual, recibirás un don celestial. El don celestial, pues, es lo que espera el monje, que rechaza de sí los actos terrenos y militando para Dios no interviene en asuntos seculares. Porque es difícil servir a dos señores y nadie puede, sirviendo a las riquezas (cf. Mt 6,24), llevar las armas espirituales, sino que rechaza y aleja de sí el yugo de Cristo suave y liviano, y todo lo grave y pesado parece suave y liviano a su alma. Este hombre es herido por

¹ RB Pról., 1.

² Cf. RB Pról., 3.

sus propias armas, y porque ama el peligro cae en la muerte. Tú en cambio considera a qué Rey te diste para militar. Pues cuanto más alto es el Imperio celestial sobre el rey terrenal, tanto más excelente es el grado de tu milicia sobre la milicia terrena. Si piensas construir una torre elevada, prepárate el dinero para hacerlo de modo que concluyas el edificio comenzado, no sea que te conviertas en motivo de burla para los que pasan (cf. Luc 14, 28 y ss.), y tus enemigos se alegren. Esta torre no se construye con piedras, sino con las virtudes del alma, ni requiere oro ni plata sino una vida fiel. Pues las riquezas terrenales dificultan en mucho la edificación.

II

Sobre la virtud del alma

Hijo, ten un solo propósito si deseas servir al único Señor y no buscas agradar en tu vida a otro sino a El solo. No ocupes tu ánimo en cosas diversas, sino amputa de ti el amor carnal, no sea que el amor carnal excluya de ti el amor de Dios. Expulsa de tu alma todo vicio, para que puedas conquistar las virtudes de tu alma. Escucha pues cuáles son las virtudes del alma, que le confieren el mayor premio:

1. Virtud del alma es amar a Dios y odiar lo que Dios no ama.
2. Virtud del alma es guardar la paciencia y evitar la impaciencia.
3. Virtud del alma es guardar la castidad tanto del cuerpo como del alma.
4. Virtud del alma es despreciar la vanagloria y pisotear todas las cosas caducas.
5. Virtud del alma es practicar la humildad y aborrecer la hinchazón de la soberbia.
6. Virtud del alma es abrazar la verdad y huir de toda mentira.
7. Virtud del alma es reprimir la ira y el furor.
8. Virtud del alma es amar la paz y odiar la envidia.
9. Virtud del alma es apartarse de toda necedad y abrazar la sabiduría divina.
10. Virtud del alma es someter al alma todo deseo de la carne.
11. Virtud del alma es despreciar la avaricia y abrazar la pobreza voluntaria.

(Virtud del alma es la disposición constante para custodiar las riquezas de todas estas virtudes).

Fácilmente podrás obtener estas virtudes si abandonas los cuidados del mundo y antepones a las cosas caducas y terrenas las celestiales, y si tu voluntad está ocupada en las alabanzas de Dios y día y noche meditas incesantemente sus juicios. Serás pues "como un árbol plantado junto al agua" (S 1,3) y todos los frutos del espíritu nacerán de ti, y de siervo pasarás a ser llamado amigo de Dios.

III

Sobre el amor de Dios

Ama a Dios con toda tu fuerza, para que en todos los actos le seas agradable. Pues si el casado se apresura a agradar a su esposa, mucho más debe el monje agradar a Cristo en todo. El que ama a Dios guarda sus preceptos; porque Dios no quiere que se lo ame solamente con palabras, sino con un corazón puro y con obras rectas. Pues quien dice: Amo a Dios, y no cumple sus mandatos, es un mentiroso. Tal hombre se

engaña a sí mismo y es seducido por sí mismo. Porque Dios no escruta las palabras sino el corazón, y ama a los que le sirven con sencillez de corazón. Si a nuestros padres terrenos amamos con tan grande afecto, porque durante poco tiempo tuvieron que esforzarse por nosotros, ¿acaso no debe ser más amado nuestro Padre del cielo? Pues los bienes que aquellos nos dieron son beneficio de Cristo, que es el óptimo dispensador de todo, ya que antes de que naciéramos en este mundo, su providencia preparó a nuestros padres para que fuéramos alimentados por ellos. Hasta los mismos pechos de la madre, cuando el niño nace, se llenan de leche a una señal de Dios. Por lo tanto amemos a Dios más que a todos, porque a nuestros padres y a nosotros formó con sus propias manos, y atribuyamos a sus beneficios todos los bienes que cada día se hacen para con nosotros. Amemos a nuestros padres como a nuestras propias entrañas, si no nos prohíben entrar al servicio de Cristo. Mas si nos lo han de prohibir, no les debemos ni siquiera la sepultura. Cristo debe ser amado por encima de los padres, porque lo que Cristo da, no lo dan los padres. Y, ¿quién podrá relatar convenientemente sus beneficios, o lo que nos ha dado y no deja de otorgarnos diariamente? Y cuanto más quisiera uno alabarlos con palabras, no termina de alabar, sino que entonces apenas comienza a alabar a Dios. Viéndonos, en efecto, manchados por innumerables pecados, Dios no nos despreció, sino que nos salvó. Y no apartó su rostro de nosotros, cuando lo abandonamos vagando entre muchos errores; y cuando estábamos por ser lanzados al abismo de la muerte, nos volvió a llamar a la vida eterna; y cuando, ingratos con sus favores, nos apartamos, como Padre clementísimo nos buscó, y aunque estaba sentado en un trono sublime, por nosotros descendió a la tierra y vino en grandísima humildad, a fin de asumir una forma servil; el que en el puño contiene el orbe de la tierra, en un pesebre fue envuelto en pañales; y el que mide el cielo con su palma, no tuvo dónde reclinar su cabeza. Siendo rico se hizo pobre, para que nosotros nos enriqueciéramos en El; el que ha de venir sobre las nubes a juzgar a los vivos y a los muertos, soportó el juicio de los hombres; el que es fuente de vida eterna para los sedientos, cuando tuvo sed le pidió agua a la mujer samaritana; y quien sació nuestra hambre con su propia carne, por nosotros tuvo hambre cuando fue tentado en el desierto; sentado junto al Padre en el cielo, servido por los ángeles, se dignó servir a los hombres en la tierra, y sus manos, por las que obró muchos milagros, fueron fijadas con clavos para nuestra redención; a su dulce boca, con la que anunció a los hombres la doctrina de salvación, los impíos dieron hiel por comida; y quien no causó ningún daño ni perjuicio, fue golpeado y sobrellevó inocente los oprobios; aquél a cuya orden todos los muertos son resucitados, por su voluntad sufrió la muerte de cruz. Todo esto soportó para que se nos diera la vida eterna, y procurándonos a nosotros inmensos beneficios, no exigió nada, sino que lo amemos y conservemos nuestros templos limpios para El, para que El habite siempre en nosotros y nosotros permanezcamos en El. No exige Cristo de nosotros oro ni plata, ni cosa semejante; pues aunque fuesen nuestras estas cosas, nos manda darlas a los necesitados. El nos busca a nosotros, nos desea, ansía descansar en nosotros.

Sobre el amor del prójimo

Por lo tanto, acerquémonos a El y unámonos en su amor, y amémonos a nosotros mismos y al prójimo. El que ama al prójimo es llamado hijo de Dios, mas al que lo odia se le dice hijo del diablo. El que ama a su hermano tiene su corazón en paz, pero el que odia a su hermano está rodeado de gran tempestad. Además, el varón benigno, aunque sufra la injuria la tiene en nada, mas el inicuo considera una afrenta solo oír el obrar del prójimo. Quien está lleno de caridad, anda con ánimo tranquilo y rostro serenísimo; en cambio el varón lleno de odio se pasea con ira. Mas tú, hijo, en tu vida persigue con afán la bondad, y ten a tu prójimo por miembro tuyo. Considera a todo hombre como tu hermano. Recuerda que nos creó el único y verdadero creador. No causes escándalo a nadie en tu vida, y no hagas lo que es útil para ti, sino para el prójimo. Pues lo que no quieres que te suceda a ti, no lo desees para tu prójimo. Si lo ves vivir en las buenas acciones, felicítalo y exprésale tu alegría, y si soporta alguna adversidad, compadécete y ten por tuya su tristeza. Expulsa de tu alma toda malicia y las llamas del odio no perturben tu corazón. No te domine la ira contra el incapaz o el inferior, en cambio tenlo en todo como miembro tuyo. No ames a tu hermano con corazón fingido, ni besándolo con los labios construyas insidias por otra parte. Pues pérfido es el varón que de su boca saca palabras pacíficas, y en lo escondido de su mente piensa cómo hacer caer al prójimo. A causa de estas obras Dios es provocado a la ira. En la presencia de Dios place la mirada pura, mas es rechazado todo lo que se hace con corazón fingido.

V

Sobre la adquisición de la paz

Pon toda simulación lejos de ti y no desees hacer caer a tu prójimo, ni morder ni despedazar al que es tu miembro. Pues llamarás a tu hermano miembro tuyo. Y si alguna vez estuvieras airado, no llesves adelante tu indignación más allá de la caída del sol, sino ve a restaurar la paz y aplaca el furor de tu alma. Quien recibe la paz en la habitación de su alma, prepara una mansión para Cristo, porque Cristo es la paz y desea descansar en la paz. Mas el varón envidioso es aborrecido siempre. El varón pacífico está siempre tranquilo; el envidioso es semejante a una nave que es sacudida por las olas del mar. El hombre pacífico posee el alma serena, el envidioso está siempre turbado. Quien sigue la paz está seguro y defendido por todas partes, pero el envidioso, como un lobo rapaz, delira vanamente. El varón pacífico es semejante a la viña cargada con abundante y copioso fruto; el envidioso empero es retenido por la miseria y la indigencia. Y cuanto el pacífico se deleita, alegrándose en el Señor, tanto es aniquilado el envidioso. Por la abundancia de alegría es conocido el hombre pacífico; el envidioso se manifiesta por el rostro marchito y lleno de furor. El hombre pacífico merecerá la compañía de los ángeles; el envidioso se unirá a los demonios. Y como la paz alumbrá en lo secreto de los pensamientos, así la envidia ciega el corazón en lo escondido. La paz ahuyenta y vence toda discordia, la envidia acumula indignación. Del resplandor de la paz huye toda obscuridad, y donde habita la envidia están

la obscuridad y las tinieblas exteriores. Por tanto, hijo, procura conseguir el deseable nombre de la paz para que puedas adquirir los frutos de la paz. Aborrece la envidia para no llenarte con los frutos de los malos. Dios te creó animal racional para que puedas discernir entre el bien y el mal, para que elijas las cosas buenas y rechaces las malas, a todas examines, retengas las buenas y te abstengas de toda especie mala.

VI

Sobre la paciencia

Hijo, toma la paciencia que es la mayor virtud del alma, para ascender velozmente hasta la sublimidad de la perfección. Si deseas tener paciencia, te aconsejo primero que muevas tu alma a que atienda a los consejos divinos. No consideres absurdos los mandatos de Dios, sino que tu corazón esté siempre solícito para ellos. Ninguna adversidad del mundo separa tu alma de los preceptos y los mandatos de Dios y de la caridad que está en Nuestro Señor Jesucristo, ni te exaltes en la prosperidad sino en ambos casos sé moderado. Todo lo que te haya sido impuesto por la religión, recíbelo y obedécelo gustosamente, y aunque sea superior a tus fuerzas no lo menosprecies ni lo evites. La causa de tu imposibilidad expónla fielmente al que te manda, para que por su moderación se aligere lo que para ti fuese pesado y de este modo evites el vicio de la contradicción.³ No exijas del hombre la retribución de tu paciencia, para que en el futuro puedas recibir del Dios eterno la eterna retribución. La paciencia es gran remedio del alma, mas la impaciencia es la ruina del corazón. Pues por la paciencia se aguarda la esperanza de los bienes futuros, y se abraza lo que no se ve como si se viera.

VII

Sobre la continencia y la castidad

Hijo, consérvate casto en todo para ver a Dios en su gloria. Conserva tu corazón limpio de toda mancha y no des entrada en ti a tu enemigo. Aparta tus ojos del rostro malvado y torpe, y no te deleites con los rostros de las mujeres hermosas, no sea que por tal placer tengas que purgar en los suplicios finales. Recuerda a quién consagraste tus miembros y no los mezcles con las meretrices. Retira tu amor del amor de la mujer, para que su amor no te aleje del amor de Dios. No desprecies las cosas pequeñas, ni las consideres como sin valor, no sea que caigas poco a poco. No vayas a las casas de las vírgenes y no tengas con ellas conversaciones largas y ociosas, no sea que por muchas conversaciones se ensucien las almas de ambos. Hijo, no tomes a mal mis palabras, ni juzgues necio lo que te digo, más bien créeme y recibe con agradecimiento mis palabras. Si el monje o el clérigo se acercan inoportunamente a las casas de las mujeres, y la virgen tolera que entren de ese modo, al punto alteran la antigua dignidad, y pierden lo que prometieron a Dios por su voluntad. Porque de ese modo no podrán preparar en sí la mansión para el Señor, sino que quedarán desola-

³ Cf. RB 68.

dos como un leño árido. ¿Por ventura el Señor obliga a alguno a abrazar de mala gana la virginidad? Pues este oficio que voluntariamente se ofrece a Cristo por propia voluntad, después no queda sujeto a tu voluntad. Porque no es lícito profanar algo que fue prometido a Dios. No pecarás, si no haces voto. Mas si lo haces, no demores en cumplirlo, porque el Señor te lo exigirá como suyo, ni dejes que se contaminen con la impureza tus miembros que le han sido consagrados. Mira, pues, que no te seduzca la hermosura del cuerpo y pierdas la belleza de tu alma. No contemples con ojo indiscreto la belleza de las mujeres, para que no entre la muerte en tu alma por tus ventanas (cf. Jer 9, 21). No dispongas tu oído para escuchar sus palabras, no sea que concibas la maldad en tu alma. No desees tocar para nada la carne de las mujeres, para que su tacto no inflame tu corazón y te precipites con tu espíritu en la perdición. Pues como arde el heno que se acerca al fuego, así quien toca la carne de la mujer no sale sin daño en su alma, y aunque saliera casto en su cuerpo, se retira corrupto en el alma y en el corazón.

VIII

Sobre la huida de la estimación del mundo

Dime por favor, hijo, qué aprovecha el alma amando la hermosura de la carne. ¿No es acaso como el heno que, tocado por el calor del verano, se seca paulatinamente y pierde la prístina belleza? A eso es semejante la belleza humana. Cuando viene la vejez, toda la belleza de la juventud florida se pierde y lo que antes excitaba su amor, se vuelve después en odio, y cuando viene la muerte la belleza desaparece enteramente. Entonces reconocerás qué vano es lo que antes neciamente amabas. Cuando veas el cuerpo que se ha convertido todo él en hinchazón y en hedor, ¿acaso al mirarlo no te habrás de estremecer con el máximo horror, no apretarás tu nariz no aguantando el terrible olor? ¿Dónde quedará después todo el deleite? Examina si en alguna parte queda un vestigio de la belleza anterior. ¿Dónde están la suavidad de la lujuria y la opulencia de los convites? ¿Dónde las palabras aduladoras que halagaban los corazones simples? ¿Dónde las palabras dulces que infundían amargura a los amantes? ¿Dónde están la risa inmoderada y la broma torpe? ¿Dónde la alegría sin freno e inútil? Como la corriente de agua que pasa, no se vuelve a ver. Este es el fin de la hermosura de la carne que amabas, el término del deleite del cuerpo. Así, pues, retira tu alma de estos amores obscenos y vuelve todo tu amor a la esplendísimas hermosura de Cristo, para que los rayos de su brillo iluminen tu corazón, y toda oscuridad y tiniebla sea expulsada de ti. Hijo, esta es la hermosura que debe ser amada, que suele infundir alegría espiritual en las almas. Debemos abrazar siempre esta belleza, de donde nos vienen la tranquilidad y la serenidad. Evitemos las hermosuras perniciosas, para que no nos inflijan toda clase de males. Pues muchos admiradores de la belleza de las mujeres naufragaron en el camino de la verdad. Muchos, por el deleite de los adornos, sufrieron la ruina de las almas y desde la cumbre de la perfección se hundieron en lo profundo del infierno. Por lo tanto, hijo, guárdate de la hermosura, por la cual tú ves que muchos han perecido. Deténte y no bebas la copa con la que ves han perecido muchos. No tomes alimento que hayas visto producir la ruina de otro. No vayas por el camino en el que muchos naufragaron. Evita las trampas que ves han apresado a los demás. Pide para ti al Señor un corazón prudente y un juicio muy

atento, para que no ignores los engaños y las astucias del enemigo y tu pie no caiga en sus redes. El varón sabio no hace caso de la belleza del cuerpo, pero sí de la del alma, mas el necio se abraza a los accesorios carnales. El varón sabio rechaza a la mujer ondulante, mas el necio que la desea es miserablemente engañado. El varón prudente aparta sus ojos de la mujer imprudente, mas el lujurioso, mirándola, se derrite como la cera junto al fuego. Tú, hijo, guárdate en todo de las bellezas perniciosas y de las falsas hermosuras. Pues el alma se turba, si te fijas en la belleza. Cristo no se deleita en la belleza del cuerpo, sino en la del alma. Hijo, ama tú también aquello en lo que Dios se deleita.

IX

Sobre la huida de la avaricia

Guárdate también de la codicia, no te sometas al amor del dinero. Aparta tu corazón de toda avaricia, para no ser condenado como adúltero y adorador de ídolos. No ames las riquezas, ni ofendas a aquél a quien ofreciste tus miembros y tu alma al mismo tiempo, ni desees las cosas que te llaman y te separan de Dios. No ames las obras terrenas para no perder las celestiales. Muchos, deseando lo ajeno, perdieron lo suyo. Sean ajenas a nosotros las riquezas de este siglo, porque nuestra posesión es el reino de los cielos. No codicies lo ajeno, para no hacerte extraño a lo tuyo. Conténtate con el alimento cotidiano; todo lo superfluo expúlsalo lejos de tí como un obstáculo para tu propósito. No desees ser rico para no caer en las tentaciones y en las trampas del diablo. Cuídate de la avaricia porque dice el Apóstol: "La raíz de todos los males es la codicia" (1 Tim 6, 10). Además el codicioso tiene el alma venal. si tiene posibilidad, por una nada comete un homicidio, y como derramar agua en la tierra, es para él derramar la sangre de su prójimo. Muchos cayeron en peligro de muerte en el ardor de la avaricia. Por causa de la avaricia, Acam, hijo de Charmi, fue lapidado con los suyos. A causa de la avaricia, Saúl se hizo extraño al Señor, y al fin fue arrojado de lo alto del trono real y muerto por sus enemigos; a causa de la avaricia, Acab ocupó la viña de Nabot, y por esta causa fue herido y muerto en la lucha. El Señor empero, nuestro Salvador, quiso quitar de los corazones de los fariseos el amor al dinero, pero ellos, que eran codiciosísimos, se burlaban de sus saludables consejos. Y al rico a quien el Señor, invitándolo al reino de los cielos, le mandó que vendiese sus riquezas, la avidez no le permitió entrar. También el pecho de Judas se encendió con el ardor de la avaricia, de modo que entregó en manos de los impíos al Señor que fuera para él dador de todos los bienes. El varón avaro es semejante al infierno. El infierno por muchos que haya devorado, no dice: ¡Basta ya!; aunque todos los tesoros llegasen al avaro, éste no se saciará. Hijo, hazte ajeno a este vicio, y asume gustosamente la pobreza voluntaria. No seas negligente y perezoso, más bien trabaja con tus manos, para que tengas de dónde dar a los indigentes; según tu posibilidad, da medianamente. Pues tanto se te pedirá cuanto te hubiesen dado. Por consiguiente, que nadie te exija lo que tú no posees. La limosna adquirida con indignidad es abominable delante de Cristo, pero es aceptada para El la que se adquiere fielmente. Hijo, el bien de la misericordia no tiene artificio (si fue dado de este modo). Son muchos los que simulan dar limosna devastando lo ajeno, y mientras oprimen a unos, se fingen miserables delante de los demás. Pero Dios no se complace

en sus obras, odia y rechaza la simulación de sus corazones. Empero, aunque tú, hijo, des exiguamente de tu trabajo, esto será grato y acepto al Señor. No te jactes cuando des limosna al indigente, ni te estimes mejor que aquel a quien das, mas humíllate en todas tus obras ante Dios, porque no será grato a Dios lo que se hace con soberbia. Lo que se hace con humildad es acepto a El.

X

Sobre la adquisición de la humildad

Hijo, aplícate ante todo a la humildad, que es la más sublime de todas las virtudes, para poder ascender a la cima de la perfección, dado que las disposiciones justas no se cumplen sino por la humildad. Los esfuerzos de mucho tiempo son reducidos a nada por la soberbia. El varón humilde es semejante a Dios, y lo lleva en el templo de su pecho. El soberbio, que es aborrecible para Dios, es semejante al diablo. El humilde, aunque sea visto en vilísimo porte, sin embargo es glorioso por sus virtudes. Al soberbio, aunque se lo vea de aspecto hermoso y distinguido, sus obras lo manifiestan inútil, y por la boca, el gesto y el andar se conoce su soberbia, y su frivolidad se hace pública en sus palabras. Siempre desea ser alabado por los hombres, y busca hacerse un nombre con las virtudes a las que es ajeno. No tolera estar sujeto a nadie, pero siempre desea la primacía y trata de llegar al primer puesto, y lo que no puede obtener con sus méritos se apresura a conseguirlo con rodeos. Se pasea siempre hinchado como odre vacío y vano, y como una nave sin timonel, sacudida por las olas, así es llevado en todos sus actos. El humilde por el contrario desecha los honores terrenos, juzga ser el último entre todos los hombres. Así, aunque parece mediocre en su rostro, es visto como eminente delante de Dios, y cuando ha consumado todos los mandatos de Dios, dice: "Siervo inútil soy", y afirma no haber hecho nada, y se apresura a callar todas las virtudes de su alma. Pero Dios divulga todas sus obras, manifiesta sus magníficos hechos, lo exaltará, lo hará glorioso, y en el tiempo de sus plegarias alcanzará lo que pide.

XI

Sobre la oración

Tú, hijo, cuando vayas a rogar al Señor, póstrate humildemente en su presencia y nada pidas en reconocimiento de tus méritos. Y si tienes conciencia de haber hecho alguna obra buena, ocúltala, para que en tu silencio te sea restituida abundantemente por el Señor. Pon rápidamente tus pecados a la vista, para que Dios los borre cuando los hubieres confesado. Cuando te vayas a confesar no te justifiques, para que no salgas condenado como el fariseo. Acuérdate del publicano y cómo oraba por sí, e imítalo para alcanzar el perdón de tus pecados. No ores con voz clamorosa al que conoce los secretos, sino llame a sus oídos el clamor de tu corazón. No prolongues ante El tus palabras, porque Dios no será aplacado por las muchas palabras, sino por el alma inmaculada. En el tiempo de la oración aleja de ti toda la malicia del corazón y si tienes algo contra tu prójimo, perdónalo. Hay un género de serpiente que cuando va a beber agua, antes de acercarse a la fuente vomita todo el veneno. Imita la astucia

de esta serpiente y arroja de tu alma todo el amarguísimo veneno. Perdona a tu consiervo los cien denarios, para que te sea perdonada a ti la deuda de diez mil talentos. Y como quieres que sea Dios para contigo, sé tú para tu consiervo. Cualquier acción que emprendas, invoca primero a Dios y no dejes de darle las gracias cuando la hayas consumado.⁴

XII

Sobre las vigiliat

Busca a Dios e invócalo de todo corazón y lo alcanzarás, y no lo dejes ir cuando lo tengas, para que se una tu alma con su amor. Aplícate en tu vida para ofrecer a Dios una oración pura, y no turben tu corazón los pensamientos vanos, ni tu alma sea llevada por diversos sitios. Recuerda que estás bajo los ojos de Dios, que mira los secretos del corazón y conoce lo oculto de las almas. Manténte con atención en la presencia de Dios durante el tiempo de la oración y de los salmos. No te oprima el sueño del alma y no estén discordes el sentimiento y la lengua, sino en consonancia, y de ambos broten las palabras, porque como es imposible servir a dos señores, así tampoco podrá elevarse a Dios la oración dividida. No transcurra para ti tiempo alguno ocioso o vacío, de día o de noche. Te conviene velar, para que puedas huir más fácilmente de la tentación inminente. Si los pensamientos sórdidos turbasen tu corazón y te llevaran a hacer lo que es ilícito, sean expulsados de tu alma por las oraciones y las vigiliat. Pues la oración es la gran defensa del alma. Por las oraciones puras nos es dado todo cuanto es útil para nosotros, y todo lo nocivo huirá sin duda. Hijo, en el tiempo de los salmos salmodia sabiamente, y entona atentamente cantos espirituales ante el Señor, para que puedas percibir más fácilmente la virtud de los salmos. Así toda la dureza del corazón será suavizada por su dulzura. Entonces tendrás dulce la boca y cantarás alegremente: "Cuán dulce es tu palabra a mi paladar, más que miel en mi boca" (S 118, 103). Pero no podrás sentir esta dulzura, si no cantas con suma vigilancia y sabiduría. La boca gustará el alimento, pero el espíritu discernirá las palabras. Pues como la carne se alimenta con los alimentos carnales, así el hombre interior se nutre y alimenta con palabras divinas. Pero en todo esto, hijo, necesitas de las santas vigiliat (y evita las vigiliat inútiles). Son inútiles aquéllas en las que el alma es herida y decae, y si vela para cumplir sus pensamientos torpes o para hacer alguna obra mala; tú, empero, evita totalmente esas vigiliat y practica las santas vigiliat. Para llegar a ser santo te conviene vigilar en todos tus actos y movimientos, no sea que abatido por el sueño trates de agradar a los hombres. Fuera de Dios, no trates de agradar a nadie. Piensa en Dios en toda obra que entiendas hacer: examina diligentemente si lo que piensas es según Dios; y si es recto en la presencia de Dios, hazlo. Mas si lo encuentras opuesto, ampútaló de tu alma. Repasa cada día atentamente tus actos, y si te juzgas reo de pecado, acude rápidamente a la penitencia. No quiero que tú retengas de día en día tus pecados; si piensas lo malo, haz penitencia

⁴ Cf. RB Pról., 4. Sobre este texto, que en RB tiene un sabor semipelagiano, véase la discusión Vogüé-Manning en el I Congreso Internacional sobre la Regla de S. Benito, Roma, 1971: *Regulae Benedicti Studia* I (1972) 225-226.

por ello y córtalo velozmente de tu corazón. No digas "No es éste un gran crimen, ya que sólo lo he pensado", porque en la presencia de Dios todo es manifiesto y descubierto. No dejes crecer en ti los malos pensamientos, ni los descuides como cosa pequeña. Pues quien desprecia lo pequeño, paulatinamente cae en lo que es mayor. No desprecies la mordedura de la serpiente, para que su veneno no se derrame en tu corazón. Corta de raíz los matorrales de espinos del campo de tu corazón para que no hundan en ti sus profundas raíces. Sábelo, tu corazón es campo del Señor; cultívalo con enseñanzas celestiales y no permitas sembrar cizaña en el campo del Señor. Así pues, si vigilas de tal modo, podrás ascender fácilmente a la perfección.

XIII

Sobre el ayuno

Para velar ayuda mucho el ayuno. Así como el soldado oprimido bajo pesada carga está impedido para la batalla, así el monje cargado con la abundancia de alimentos se debilita para las viglias. No podemos velar cuando nuestro vientre está cargado de manjares, porque oprimidos por el sueño perdemos el fruto de las viglias y hacemos un mal enorme a nuestra alma. Por lo tanto busca unir el ayuno a las viglias, para que en tu alma puedan florecer todas las virtudes, para que tu carne esté sujeta a tu alma y le sirva como esclava a su señora. No des fuerzas a tu cuerpo para que inicie la guerra contra tu espíritu, sino que la carne esté siempre sujeta y obedezca los mandatos del espíritu. No engordes a la esclava, no sea que desprecie a la señora; más bien esté libre para su servicio. Porque así como a los caballos se les ponen frenos, así pongamos los frenos de los ayunos a nuestro cuerpo. Como el auriga, si afloja el freno de los caballos, es llevado con ellos en rapidísima carrera al precipicio, así el alma, si no pone sus frenos al cuerpo, es lanzada al precipicio del infierno. Sé pues diestro auriga de tu cuerpo, para que puedas andar por el camino recto. La abundancia de alimentos no sólo daña al alma, sino que también, y mucho, al cuerpo. A menudo por la avidez de las comidas se quebrantan las fuerzas del estómago y también la abundancia de la sangre, y por la abundancia de alimentos sufrimos muchas indisposiciones. Al alma y al cuerpo son contrarias estas cosas; así son remedios para ambos los ayunos atemperados. Hijo, huyamos cuanto podamos de las delicias del mundo y la opulencia de las comidas, no sea que cuando nos atormente el fuego y busquemos una gota de agua, no consigamos ningún alivio.

XIV

Sobre la templanza

Huyamos de la ebriedad, para no incurrir en el crimen de la lujuria. El Señor creó el vino para nosotros, no para la ebriedad sino para la alegría del corazón. No bebas lo que la gula exige, sino lo que pide la debilidad de la naturaleza. Pues el Apóstol mandó tomar a Timoteo un poco de vino, y esto a causa del dolor de estómago y de sus frecuentes enfermedades (1 Tim 5, 23). No tengas por dañino lo que fue dado para medicina del cuerpo. Muchos por el vino contrajeron la máxima debilidad del cuerpo y no pudieron conseguir la dignidad original, porque primero no

atemperaron el ardor de la gula. Muchos por el vino cometieron el homicidio, y no rechazaron la muerte; otros, a causa del vino fueron capturados por los demonios. No es otra cosa la ebriedad que un demonio evidentísimo. El ebrio cree estar haciendo algo bueno para sí, cuando cae al precipicio. Por el exceso de vino se apresta la boca para la maledicencia y para injuriar a los prójimos, se cambia el alma y la lengua tartamudea. ¿En qué es menos la ebriedad que el Demonio? De este modo el varón, cuando cree beber, es bebido. Como el pez cuando se adelanta con ávida boca para tragar la comida, encuentra repentinamente el anzuelo enemigo en sus fauces, o como las aves son capturadas en las redes por las comidas, así el ebrio, por el vino recibe dentro de sí al enemigo, el cual, morando dentro, lo impele a toda obra mala. El hombre racional es capturado por el animal irracional. Tú, exhibete sobrio en todas las cosas, para que la sobriedad te muestre casto en todo.

XV

Sobre la huida de la soberbia

Hijo, cuida de no encaramarte en la soberbia por la abstinencia de los alimentos, ni te hinches frente a los que no pueden alcanzar la magnitud de tu ayuno, ni llenes tu pecho de vicios cuando te vean ayunar de alimentos carnales. Pues es gran confusión para el alma, que cuando somete a sí la carne, ella misma esté sujeta a los vicios. ¿Qué aprovecha mortificar el vientre en las comidas y al mismo tiempo cargar el alma con las pasiones, vencer el amor de la carne y maquinarse en el corazón estímulos de envidia? El varón continente en el cuerpo y en el alma se abstiene de las pasiones, porque de ambas substancias está formado el hombre. No es ninguna perfección ser sublime en la una y en la otra estar postrado, brillar la una y estar la otra ocupada por la oscuridad de los vicios. Pues el que desea ser casto en el cuerpo, debe perseverar casto en el espíritu, porque nada aprovechará ser casto en el cuerpo y corrupto en el espíritu. Si la ciudad estuviera defendida en una parte y en otra destruida, da entrada al enemigo. Y si la nave estuviera sólidamente unida, pero tuviera en sí una tabla perforada, llena de agua se hundiría en lo profundo. Pues el verdadero continente aparta todas las cosas que son vanas, y no sigue ninguna gloria humana, reprime el furor y la iracundia y execra la envidia. Prefiere soportar el perjuicio antes que romper el vínculo de la caridad; no difama con prontitud al prójimo, ni escucha al calumniador con gusto, desea apartarse siempre de los vicios y se estimula a sí mismo a las virtudes del alma.

XVI

Sobre la moderación en el hablar

Tú, hijo, muéstrate igual tanto cuando ayunas como cuando te abstienes de los alimentos, y contiene tu lengua de las palabras ilícitas. Aleja de ti toda blasfemia, no procedan de tu boca las palabras superfluas, porque hemos de dar razón a Dios también por las palabras ociosas en el día del juicio. No acostumbres tu lengua a maldecir, porque fue creada para bendecir y para alabar a Dios. En la asamblea, no hables de lo que ignoras, pero procedan de ti palabras oportunas cuando encuentres el

tiempo adecuado, para que todos los oyentes te agradezcan. Tempera tu lengua de toda palabra vana, no sea que los que oyen, horrorizados se tapen sus oídos y sea para ti causa de turbación en presencia de todos. De lo que no te molesta, no discutas acremente, ni te habitúes a pésimas costumbres, porque la costumbre que es confirmada por el largo uso, no se elimina con pequeño esfuerzo.

XVII

Sobre la huida de la vana alegría

No te rías licenciosamente, porque es una insensatez el reír con estrépito, sino muestra la alegría del alma con una sonrisa. No bromees como un niño porque es una cosa que no le conviene al que se empeña en llegar a la perfección. Sé niño en la malicia y varón perfecto en el sentimiento. En algunas cosas muéstrate anciano, en otras, infante. Pues es de niños divertirse y de varones perfectos llorar. El llanto presente engendra la perfecta alegría, en cambio la broma relaja el alma y la vuelve negligente para los mandamientos de Dios. No puede traer a la memoria sus faltas, sino que olvidándolas no se mueve a penitencia, y así paulatinamente es privado de todos los bienes. Allí donde la risa y la broma fueren inmoderadas, no tiene entrada la compunción del corazón. Pero allí donde hubiere lágrimas, se enciende el fuego espiritual, que ilumina en lo escondido del alma y quema completamente todos los vicios. Entonces, el alma, ardiendo en avidez celestial se une al amor de Cristo y viviendo en la tierra, medita continuamente en lo celestial. Pisa los placeres del siglo y tiende hacia los premios futuros, y el cuidado del siglo no la separa del amor de Cristo sino que parece vivir entre los hombres como una especie de imagen, y toda su vida es como celestial. La muerte presente es para él dulce como la vida; y desea la muerte para estar con Cristo, a quien en vida llevara en el templo (de su cuerpo). Mira cuánta ganancia traen el llanto y las lágrimas, y cuánto perjuicio preparan la risa y la broma. Pues el que aquí se deleita riendo, después llorará amargamente; pero el que aquí llora, se alegrará más tarde. Nuestro Salvador llamó bienaventurados a los que lloran, y a los que ahora se alegran les dijo que llorarían en el juicio. No te deleiten pues la broma y la risa, sino el canto de los textos espirituales. No te disuelvan en risa las palabras vanas, sino salgan de ti las virtudes de los varones perfectos, y como en un espejo conforma tu vida y tus costumbres a las de ellos. Se le dice perfecto no al que lo es en la edad, sino al que es siempre perfecto en el sentimiento. Si eres de alma perfecta no te dañará la edad pueril, y si eres niño de sentimientos no te traicionará la edad senil. Así David, cuando era niño, tenía un corazón perfecto para con el Señor, y fue elegido rey; y Saúl, que era perfecto, en la ancianidad fue expulsado de la cumbre de la realeza porque tuvo en sí la perfecta malicia. Eran viejos los ancianos que intentaron violar a Susana, a los que Daniel todavía niño condenó, descubriendo sus crímenes. Jesús, entrando en Jerusalén, es alabado por los niños. Pues el árbol, aunque tenga muchos años, si no da fruto, se lo corta; sin embargo, si el retoño es fértil, se lo cultiva para que dé más fruto.

Sobre las malas compañías

Disfruta con la compañía de los varones perfectos, y deleita tu alma en la camaradería de los continentes, y no retires tu oído de sus conversaciones. Pues como el sol naciente expulsa la oscuridad, así la doctrina de los santos expulsa las tinieblas de los sentidos. No evites, te lo pido, la compañía de esos varones, para que sus advertencias eleven tu alma hacia el cielo, y puedas despreciar como nada la gloria caduca del siglo, y tus sentidos recojan las virtudes del alma. Evita a los varones a los que veas negligentes para los mandatos de Dios, que están muertos para las virtudes y parecen vivir para las pasiones, que se alegran en sus propias voluntades, y carecen de la alegría de Dios. Con hombres de esta clase no tengas sociedad, ni hables con ellos asiduamente, a no ser que sólo así puedas hacerlos volver del camino del error. Mas si no puedes, evítalos como a un enemigo público. Muchas veces por una oveja enferma se contamina toda la grey, y una pequeña porción de hiel vuelve amargo lo muy dulce (y un poco de fermento corrompe toda la masa). De tal fermento el Señor ordenó que te guardes (cf. Mt 16). Se entiende por fermento la doctrina de los hombres malvados. Así aunque tuvieran apariencia preclara y noble, y te dirijan con elegancia palabras dulces, la simulación de su corazón se conoce por los actos posteriores. No se prueba al hombre por sus palabras, sino por sus frutos. En fin, muchos que se apresuran a encubrir hábilmente sus vicios, y ante algunos se presentan como admirables, lo son solamente por un momento. Pero como llevan en su seno durante mucho tiempo a la serpiente, tocados por su mordedura se hinchan, y se descubren a la vista de todos, porque no hay nada que esté oculto que no se haya de revelar.

XIX

Sobre la represión de la ira y la postergación de la penitencia

Si alguien te hace mal, no te muevas a ira ni le retribuyas, aunque pudieras hacerlo, antes bien dueñete por él, porque Dios se ha de airar con él. El que soporta pacientemente los males será coronado en el futuro, mas el que los infiera será condenado como reo en el día malo. No se abata tu ánimo por los daños carnales, ni debiliten las cosas caducas el vigor de tu paciencia; teme el daño si te demoras en tu propósito, y cuando te sientas culpable de pecado no te avergüences de convertirte a penitencia. Aquel que aquí se arrepiente no se arrepentirá al final. Dios recibe con clemencia a los que recurren a la penitencia. No añadas al pecado los frutos del pecado, confiando en la misericordia del Señor. No digas: "Mientras tenga fuerzas ejercitaré la concupiscencia de la carne, y al final en mi ancianidad haré penitencia de mis males, pues el Señor es piadoso y misericordioso y no se acordará de mis maldades". No pienses esto, hijo, que es gran necedad concebirlo en el alma. ¿Qué hombre conoce el día de su partida? No todos serán privados de la luz presente en la ancianidad, sino que partirán de este mundo en diversas edades; en la edad en que sea llamado el hombre, en ella debe dar razón. Nadie confesará al Señor en el infierno, mas tú no demores en convertirte a penitencia.

Sobre el pensamiento de la muerte

Esté siempre ante tu vista-el último día. Así, cuando te levantes al amanecer, pregúntate si llegarás a la tarde; y cuando pongas tus miembros en el lecho para descansar, no confíes en que llegará la luz; así podrás contenerte más fácilmente de todos los vicios. Medite siempre tu corazón las promesas celestiales, para que ellas te inciten por el camino de la virtud. Sé ahora tal como lo serás después. Todas las cosas terrenas que poseas transfíerelas a las mansiones celestiales, para que cuando llegues allí goces en ellas de las buenas obras. Ten preparadas tus provisiones para el camino, para que cuando seas llamado vayas hacia el Señor al instante y con gozo. Entonces, cuando tu alma haya sido librada del vínculo de la carne, correrá enseguida a tu encuentro el coro de los ángeles, te abrazará el ejército de los santos, y te llevarán al verdadero juez para suplicarle. Tendrás entonces paz en torno tuyo y suma seguridad, y no temerás las flechas ardientes del diablo. No te infundirá temor la fiera de los bárbaros, ni temerás a los feroces enemigos que desean degollar las almas, ni al hierro, ni al fuego, ni a la vista de torturas horribles, ni al hambre, ni a la sed, ni a ninguna aflicción de la carne, ni temerás la envidia de los hombres, ni las insidias de los malos, ni las palabras envenenadas de las meretrices, ni tu carne se opondrá más a tu espíritu, ni temerás el peligro del mar ni los sucesos adversos. Sino que todas estas cosas se aplacarán cuando tu alma abandone el peso de la carne. Entonces el Espíritu Santo te dará una mansión en los cielos, para que te hagas una residencia, como poco antes la tuviste en el albergue de tu cuerpo, donde esperarás gozoso y alegre el día del juicio futuro, en el cual las almas de cada uno recibirán los premios de sus actos. Entonces los pecadores e impíos en vano se arrepentirán, los fornicarios y adúlteros se lamentarán y no encontrarán descanso alguno. Los rapaces y avaros llorarán amargamente y no obtendrán el perdón de sus males. Todos los que siguieron la voluntad de su carne, serán retenidos en el mayor llanto. Los que sirvieron a los vicios y a las pasiones estarán en gran tristeza y gemidos. Todos estos serán entregados al fuego de la Gehena y a ti se te dará el premio eterno. Lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni se le antojó al corazón del hombre, eso preparó Dios para los que le aman (1 Cor 2).

*Traducción del Hno. Antonio Pestalardo
San Benito de Luján*